

Yerba buena nunca muere



Los recitales que brindaron los Rolling Stones en el estadio Monumental a fines de febrero demostraron que los años, las canas y las arrugas no siempre significan descanso o retiro. Ante un público apasionadamente *stone* como pocos, el show que ofrecieron se sintió, y su música sonó como en la época en la que tenían cuerpo y cara de adolescentes.

Texto: Gonzalo Lanusse

Una definición de diccionario de la palabra jubilación dice que es el *"momento en la vida de una persona en que cesa de trabajar y comienza a percibir una pensión. El cese de la actividad laboral o empresarial puede deberse a la edad o imposibilidad física del trabajador. En la mayoría de los países, la edad de jubilación es de 65 años. Sin embargo, en los países más industrializados se tiende cada vez más a anticipar la edad de jubilación."*

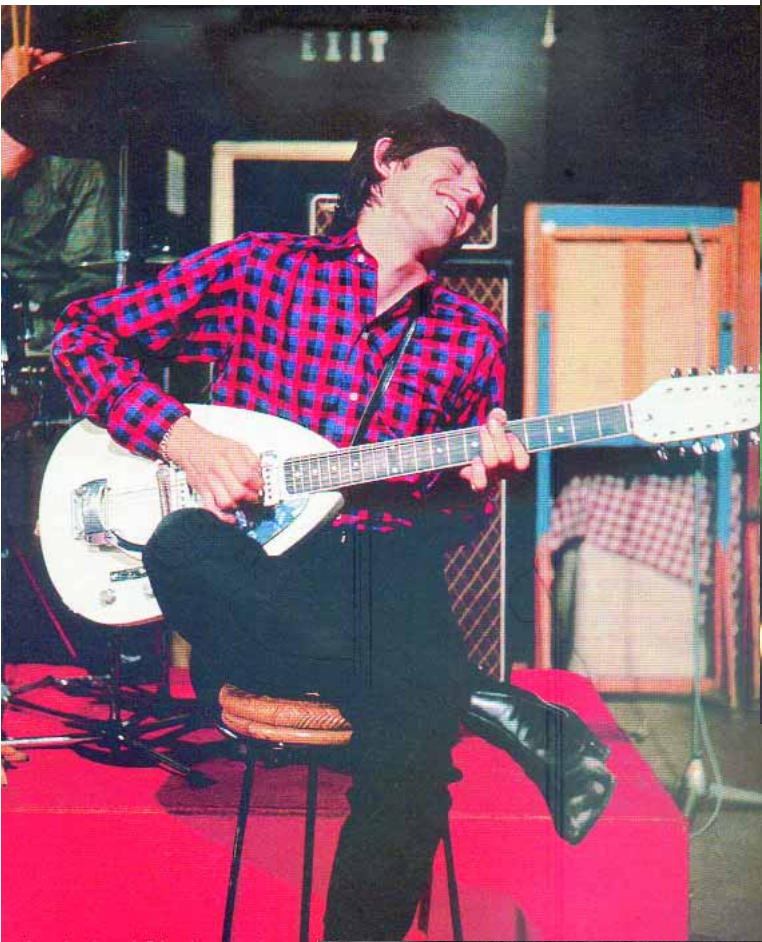
Pero parece ser que, como lo hicieron a lo largo de su carrera con tantas otras reglas y esquemas de la sociedad contemporánea, los **Rolling Stones** no se adaptan a esta definición. Porque los cuatro integrantes actuales superan los sesenta años y -si bien hay muchos que se animan a afirmar, como tantas otras veces, que la banda está cerca del retiro- la intensidad y el nivel de los shows de su gira mundial **"A bigger bang"** pareciera confirmar la presunción de que, mientras sigan vivos o disfrutando de sus facultades físicas y mentales, ellos seguirán rodando. Para los ingleses **Mick Jagger, Keith Richards, Ron Wood y Charlie Watts** es como si el tiempo y los años no pasaran o como si hubiesen adquirido la fórmula mágica de juventud eterna que Oscar Wilde supo entregarle a su vanidoso Dorian Grey.



Más de cuarenta años pasaron desde que Jagger y Richards aceptaran la oferta de **Brian Jones** de conformar su propia banda, junto al bajista **Bill Wayman** y al talentoso y ya maduro Watts, y así empezaran a tocar covers de *rythm & blues* en el **Marquee Club** de Londres. En 1964 salió su primer disco, titulado con el mismo nombre de la banda y, desde entonces, su carrera de éxitos y escándalos fue en constante crecimiento. Porque si los **Beatles** representaban la figura de los "chicos buenos" del rock, los Stones se convirtieron por excelencia en los "chicos malos". Etiqueta que con gran habilidad y mucho marketing, su joven representante de tan sólo 20 años, Andrew Loog Oldham, supo imprimirles.

Pero, más allá de su fama de rebeldes y controvertidos, lo que hizo grande a los **Rolling** fue su música que, tal como sucedió con su formación en estos cuarenta años, fue sufriendo mutaciones. Después de la misteriosa muerte de Jones en el '69 y de que Wayman decidiera bajarse del agotador tren rodante en el '93, Jagger, Richards y Watts son los únicos "sobrevivientes originales". Y aunque Ron Wood se haya sumado recién en el '75 como reemplazante del menos famoso y duradero *stone* (**Mick Taylor**), los cuatro sexagenarios se ocupan de mantener vivo el espíritu de sus comienzos, que ni los cambios, los años o las arrugas fueron capaces de amedrentar.

Las fotos e ilustraciones de esta nota pertenecen a los cd's de música "Bridges to Babylon" y "Forty Licks", al libro de Stephen Davis "Rolling Stones, Los Viejos Dioses Nunca Mueren", y a la "Edición Especial, 40 años de los Rolling Stones" de la revista Rolling Stone, julio de 2002.



Yerba buena nunca muere

A lo largo de cuatro décadas su música cambió, es cierto, y ni hablar de la fisonomía de sus integrantes, pero la esencia de su rock con raíces bluseras, de su ritmo y voces entrecortadas, y de sus recitales imponentes y electrizantes sigue siendo la misma.

Un amor antiguo, difícil e inolvidable

Como un viejo amor (intenso y apasionado, complicado y poco sano) que -a pesar de mutar y transformarse con el paso del tiempo- su esencia mantiene vivos el recuerdo y el sentimiento, lo mismo pasa con la música de los Stones. A lo largo de cuatro décadas su música cambió, es cierto, y ni hablar de la fisonomía de sus integrantes, pero la esencia de su rock con raíces bluseras, de su ritmo y voces entrecortadas, y de sus recitales imponentes y electrizantes sigue siendo la misma. Y eso es lo que se ocuparon de demostrar en Buenos Aires, cuando ante 75.000 personas cada día, el 21 y 23 de febrero deslumbraron al que quizás sea su público más joven y apasionado.

Las setenta y cinco mil almas que saltaron, bailaron, cantaron, transpiraron, se empaparon y se emocionaron en cada una de las funciones, fue la más fiel y fervorosa respuesta que los ingleses pudieran recibir. Y durante las dos horas de recital, los secuaces de sir Mick Jagger, con temas tan viejos como "Get off my cloud" o tan nuevos como "Rain fall down" (más apropiado imposible), se ocuparon de devolverle a cada una de esas personas cada muestra de cariño y cada centavo de la jugosa entrada. Porque la entrega fue mutua, y si el jueves no dejó de llover por un segundo, Jagger tampoco paró de bailar y moverse por el escenario, mientras Richards imprimía con su prodigiosa mano derecha los inconfundibles acordes de su guitarra, acompañados y complementados por *Ronnie Wood*, por el bajo de

Darryl Jones y por la batería del *gentleman* Charlie Watts. Todo mientras los más jóvenes y fanáticos saltaban sin parar, mojados de pies a cabeza por la lluvia o la transpiración, y los de más edad y los más tranquilos repetían las letras de las canciones desde el fondo del campo o en las tribunas. Pero todos, los adolescentes amantes de esa rebeldía originaria del planeta stone, los jóvenes un poco más maduros y los adultos en compañía de sus hijos, todos se exaltaron con los temas más rockeros, se emocionaron con los clásicos y a cada uno se le erizó la piel cuando sonó el primer acorde de "Jumpin' Jack Flash" o el último de "Satisfaction". Porque, en definitiva, lo que hicieron los Stones en Buenos Aires, fue mucho más que tan sólo rock and roll. ●